

deducciones y gastando sus fuerzas, contienen el aliento y se sienten poseídos del mayor entusiasmo, viendo que el orador llega á redondear el período con toda felicidad.

Cuadro analítico de los elementos gramaticales de la elocución:

Elementos gramaticales.	{	<i>Palabras</i>	Propiedades ...	{	Pureza, claridad y propiedad.
		<i>Oraciones</i>	Cualidades.....	{	Corrección, claridad, precisión y orden.
		<i>Cláusulas</i>	Cualidades.....	{	Unidad, energía y rotundidad.

LIBRO II

Formas de la elocución.

CAPÍTULO PRIMERO

DEL LENGUAJE FIGURADO

I

Idea del lenguaje figurado.

Para convencer, para mover y para deleitar, no basta hablar ó escribir conforme á las reglas de la gramática y de la lógica. Con estas reglas no se satisface más que al entendimiento, y el hombre no tiene sólo entendimiento, sino que posee también otras facultades que es menester conmover y excitar. Sin atavíos, la más sabia composición languidece bien pronto y se asemeja á un cuerpo inmóvil y sin vida. La elocución es como la pintura, que se compone de sombras y de luz y su belleza resulta de una acertada combinación.

El hombre muchas veces piensa, discurre, raciocina y ejerce los demás actos de sus facultades tranquilamente, y en otras ocasiones lo hace más ó menos conmovido. A estos diferentes estados del ánimo corresponden diferentes formas de elocución. La expresión del ánimo tranquilo se llama lenguaje *natural*, y *figura-*

do toda expresión que, naciendo del espíritu movido, se aparta más ó menos de la sencillez natural (1).

La palabra *figura*, tomada en sentido propio, significa la forma exterior de los cuerpos, pero los retóricos la han empleado metafóricamente para designar los diversos aspectos que pueden presentar los pensamientos y el lenguaje. Así como la forma de un cuerpo es su limitación en el espacio y por ella se distingue de los demás que le rodean, de la misma manera las diferencias que el entendimiento percibe entre unos pensamientos y otros y las que presentan las frases en su contextura material, constituyen algo parecido á lo que llamamos figura ó forma en la materia. Y así como la materia es capaz de muchas formas, también un mismo pensamiento puede ser expresado de muchas maneras.

II

Origen del lenguaje figurado.

El lenguaje figurado no es invención de las escuelas ni resultado del estudio; es hijo de la misma naturaleza: las figuras brotan por sí mismas de las exigencias del pensamiento, de la vivacidad de la imaginación y del sentimiento.

Para convencerse de que las figuras son tan naturales como las formas lógicas del raciocinio, basta fijar la atención en el hecho de que son las mismas en todas las lenguas y en todos los países, y observar que las personas menos ilustradas, como son el pueblo bajo y los niños, usan de ellas con mayor frecuencia, así es

(1) No se crea por esto que el lenguaje figurado no sea expresión natural de los fenómenos del alma.

que en un solo día se emplean más figuras en uno de nuestros mercados, que en muchos en las academias más sabias. El arte en esta materia no hace otra cosa que enseñar el modo de emplearlas con discreción y cautela, haciéndolas esclavas de la razón y del buen gusto.

Cicerón (1) nos explica en pocas palabras el origen del lenguaje figurado y su continuación. «La invención, dice, se debió á la necesidad y al reducido caudal del idioma; su continuación, cuando éste se fué extendiendo, al placer y á la utilidad. Porque así como el vestido, añade, destinado al principio á cubrir la desnudez del hombre y resguardarle del frío, sirvió después para dar ornato y dignidad á su persona, así el lenguaje figurado empezó por satisfacer una necesidad y continuó usándose por conveniencia y placer.»

Esta opinión del filósofo romano, dice D. Raimundo Miguel (2), está muy conforme con los principios de la sana crítica. Es muy natural que los hombres en la infancia de los idiomas trataran de ir poniendo nombre á los diferentes objetos que veían y á las diversas afeciones que experimentaban. Designar cada cosa con un sonido propio hubiera sido una tarea interminable; pero aun suponiendo que el hombre lo hubiese conseguido en fuerza de constancia, todavía su memoria no hubiera podido retener el inmenso cúmulo de voces que debían corresponder forzosamente á la infinita variedad de objetos, especialmente á los abstractos, á las ideas intelectuales y morales. En tal conflicto, ¿qué recurso le quedaba? Aprovechase de los términos ya conocidos, para designar con ellos dos ó más cosas distintas; hacer que la voz destinada á expresar un objeto, pasase á significar también otro en virtud de alguna relación ó semejanza que había ó creía descubrir entre los dos. Por

(1) *De Orat.*, lib. III.

(2) *Retórica y poética.*

ejemplo: llamaba *relampaguear* á la acción de inflamarse el rayo en el horizonte, y trasladando después esta voz á significar esta expresión de la vista, dijo: *relampaguean sus ojos*. De la *flor* de los campos se valió para expresar la *flor de la juventud*; de la *cabeza* del cuerpo humano para designar al *cabeza* de familia; y he aquí ya el origen del lenguaje figurado, cuyo primer fundamento no puede ser otro que la necesidad.

Además, siendo muy difícil dar nombre á las cosas que no caen bajo el imperio de los sentidos, era preciso trasladarle de los objetos físicos y tangibles á los incorpóreos y metafísicos. Así se explica el sinnúmero de voces figuradas que tienen todos los idiomas, pues si fuésemos á descartar todas las que empleamos á cada paso, aun en la conversación familiar, nos veríamos sumamente embarazados para expresar nuestros conceptos. En todas las lenguas hay también un crecido número de palabras figuradas, cuyo uso se debe, no tanto á la necesidad como á la elección. Siempre que un objeto hace en nosotros una impresión profunda, va acompañada, como observa Blair, de ciertas circunstancias ó relaciones que nos hieren al mismo tiempo. Ahora, pues, sucede con frecuencia que estas ideas accesorias interesan á la imaginación más que la idea capital, y en vez de emplear entonces el nombre propio de ésta, solemos emplear el de la accesoria correspondiente.

En esto, como se ve, procedemos impelidos de la vehemente necesidad que experimentamos de comunicar á otros las ideas, no de cualquier modo, porque esto no nos satisface, sino con la misma fuerza y energía, y, por decirlo así, con el mismo colorido con que en aquel momento se presentan á nuestra imaginación. Esta necesidad moral es la que más ha extendido el uso del lenguaje figurado; pues lo que es una necesidad verdadera y muy real en el que habla agitado de una pasión violenta, ha venido á ser una necesidad ficticia en el que

ha tenido que imitar el lenguaje vivo, animado y pintoresco de la imaginación y de las pasiones. Y como esto es esencialmente propio de los poetas y oradores, de aquí que se haya mirado como exclusivamente reservado á ellos el lenguaje figurado, pero en realidad se extiende á todo género de escrito. Síguese de aquí que el influjo de la imaginación y de las pasiones debió contribuir mucho á inventar el lenguaje figurado y más principalmente á extenderle.

Al paso que se va perfeccionando la lengua, casi todos los objetos llegan á tener su nombre propio, y se van estudiando cada vez más la claridad y precisión. Con todo, continúan siempre usándose las palabras figurativas, y además en todas las lenguas hay muchas palabras, que aunque figuradas en su primera aplicación á ciertos objetos, sin embargo, por el largo uso han llegado á perder del todo su poder figurativo, y se consideran como expresiones sencillas. De esta última clase son: «entendimiento penetrante y claro», «corazón duro» y otras semejantes. La utilidad, pues, el placer y el lujo, continuaron la obra incoada por la necesidad.

III

Ventajas del lenguaje figurado.

Ya dijimos en la introducción de esta primera parte que los retóricos daban el nombre de figuras á ciertas modificaciones del pensamiento y del lenguaje, notables por los buenos efectos que producen en el discurso. Las figuras son, por lo tanto, maneras de hablar que dan á la elocuencia energía, nobleza y vivacidad, bien combinando el sentido de las palabras, bien modificando la construcción de la frase, ó bien dando nuevo giro al pensamiento. Si decimos: «el hombre vicioso tiene mal

paradero», seremos entendidos fácilmente por todos los que nos oigan; pero véase ahora con qué encanto se expresaría el mismo pensamiento diciendo: «el hombre vicioso se despeña en un abismo de miserias.» Fuera de que, como se ve por este mismo ejemplo, nos hacen tomar del *objeto* una idea más viva y más enérgica de la que tendríamos expresándole en términos sencillos, prescindiendo de las voces traslaticias. Cicerón compara las figuras en el discurso á las actitudes en pintura: «quasi gestus orationis». Por otra parte, el lenguaje figurado es más claro que el propio, porque la imagen de la cosa representada conviene de tal manera al objeto, que no puede convenir á otro; mientras que las palabras no trasladadas pueden ser equívocas por tomarse en diversos sentidos y acepciones. Además, en éstas la relación está siempre entre el objeto y el sonido de la voz; pero en el lenguaje figurado está más directamente entre el signo y la cosa significada, por lo que su idea se aproxima más al entendimiento.

Por último, con el lenguaje figurado gozamos á un tiempo, y sin confusión alguna, de dos ideas distintas: de la principal y de la accesoria; realzamos, por decirlo así, la naturaleza, escogiendo lo más selecto y florido que en sí encierra, para dar color, alma, vida y concisión al pensamiento, y podemos colocar á la imaginación en el tono de las ideas mas propias, para reforzar la conmoción triste ó alegre, festiva ó patética, agradable ó desagradable, que queremos excitar.

El estudio de las figuras, no sólo es de grande importancia para el filósofo por lo mucho que contribuye al exacto análisis del pensamiento y del lenguaje, sino también para el orador; porque los nombres de las figuras, además de prestar á la crítica un lenguaje exacto, inducen á fijar la atención en las bellezas del estilo. Es una vulgaridad lo que se ha repetido mil veces de lo exótico de los nombres de las figuras. En este punto, la

jurisprudencia, la química y la medicina no son de mejor condición que la retórica. Que el estudio de las figuras no es perjudicial lo demuestran, por no citar otros ejemplos, Cicerón y Fray Luis de Granada, que tan minuciosamente las estudiaron y enseñaron, y cuyo estilo y buen gusto literario nada tienen que envidiar ciertamente á los que juzgan como un entretenimiento pueril y un pernicioso ejercicio escolástico todo lo que tiene trazas de precepto retórico. Confesamos, no obstante, que se han hacinado muchas reglas inútiles, pretendiendo enseñar el acertado uso de las figuras, y que hubo tiempos en que se dió á esta parte de la retórica una exagerada importancia.

IV

Clasificación de las figuras.

Creemos muy conveniente que se haga una clasificación clara y precisa de las figuras, atendida la diversidad de formas del lenguaje con que expresamos nuestros pensamientos y afectos. No es esto, sin embargo, empresa fácil, atendiendo á los diversos pareceres en que están divididos los retóricos, pues aun los que admiten el lenguaje figurado, no están acordes; para unos no hay más figuras que las llamadas de pensamiento; las de dicción son tropos, pero no figuras. Es un error, dicen otros, el creer que los tropos ó palabras trasladadas no modifican el pensamiento, porque la palabra trasladada supone el pensamiento que primariamente se quiere expresar: el expresado por el tropo y la comparación entre ambos. No deja de haber quien opina que la trasposición y demás licencias gramaticales son verdaderas figuras, porque suponen más ó menos excitado el ánimo. Pero donde mayor es la obscuridad, la

confusión, y más notable la inexactitud, es en la definición y clasificación de las figuras. Creen unos que esta materia está sometida á principios fijos, claros y de fácil explicación, y para ellos todas las figuras son ya conocidas, todas pueden ser exactamente definidas y bien deslindadas; piensan otros que esta doctrina es falsa, y que el temerario empeño con que muchos preceptistas la han enseñado y querido practicar en sus lecciones, ha ocasionado errores trascendentales y contribuido en gran parte á la corrupción de la elocuencia.

Dejando, pues, á un lado cuestiones, si no estériles, impropias de este lugar, consultando la conveniencia y el uso recibido, y sin aspirar á una exactitud de clasificación poco menos que imposible, dividiremos las figuras en dos clases: *figuras de palabra* y *figuras de pensamiento*, sin perjuicio de añadir alguna subdivisión que haga lo más clara posible esta materia de suyo embarazosa.

Las figuras de palabra consisten en disponer de tal modo los vocablos, que si se varían desaparece la figura, y las *figuras de pensamiento* consisten únicamente en el giro del pensamiento; de suerte, que la figura subsiste aun cuando se varíen las expresiones. En este ejemplo: «Siempre nos portamos así con el Señor, siempre la misma ingratitud, siempre los mismos pecados», suprimase la repetición de la palabra *siempre*, y la figura desaparece. En este otro ejemplo: «Sombras ilustres de nuestros mayores, alzaos del sepulcro y contemplad en vuestra desnudez el mermado patriotismo de virtudes y las últimas reliquias de aquel poder tan grande que pensasteis transmitir á la más remota posteridad»; cámbiense las expresiones, quítense algunas, agréguense otras nuevas, y no por eso desaparecerá el apóstrofe.

Las figuras de palabra se subdividen en *figuras de dicción* ó elegancias y en *tropos*. Las figuras de dicción consisten en una manera de construir las frases con

cierta belleza y gracia, y aun á veces con energía, pero sin variar el sentido de las palabras. *Los tropos* son unas figuras por las cuales una palabra se toma en un sentido distinto de su propio significado. En este adagio: «Quien espera desespera», las palabras están usadas en su propio significado; pero la frase está construida con cierta belleza y gracia, y por consiguiente, es una *figura de dicción*. Pero en este otro: «La flor de la juventud», la palabra *flor* está usada en un sentido distinto de su propio significado, y por tanto es un *tropo*.

Las figuras de pensamiento, según la facultad que los produce y el fin que se propone conseguir el que las emplea, se subdividen en las cuatro clases siguientes:

1.^a, *Figuras lógicas*; 2.^a, *pintorescas*; 3.^a, *patéticas*, y 4.^a, *oblicuas*.

Cuadro analítico de la clasificación de las figuras.

Figuras...	{ de palabra. { de pensamiento. {	Figuras de dicción.
		Tropos.
		Lógicas.
		Pintorescas.
		Patéticas.
		Oblicuas.